

DAGOLL-
DAGOM:
'ANTAVIANA'
DE PERE
CALDERS

UNA INVASION DE REALISMO MAGICO

por JOAN MANUEL GISBERT

POR lo visto, si quedan todavía espectadores que aprecian la belleza, la inteligencia, el ingenio y el humor generosamente dosificados en un escenario.

Desde su estreno en la Sala Villaroel de Barcelona, en septiembre del pasado año, hasta hoy, Antaviana ha realizado un largo y feliz recorrido: extraordinaria asistencia de

público en la Sala, repetición del mismo éxito cuando se repuso en diciembre, altísima estimación por parte de la crítica; después, presentación del montaje en Valencia, Baleares, Madrid, Alicante, Vitoria, larga gira por Cataluña, retorno a Barcelona (temporada del Griego), proyectadas visitas a Bilbao, Mar Menor, etcétera. En definitiva: uno de los éxitos de la temporada. ¿Por qué?

Toda posible respuesta pasa por Pere Calders (aunque, claro, no solamente por él).

PERE CALDERS

Un espectador que al salir de una representación de Antaviana hubiese recurrido a la **Gran Enciclopedia Catalana** para saber algo más acerca del autor de los cuentos en los que se había basado el espectáculo, se encontraría al poco rato con el tomo 4, "Buix-cept", en las manos, leyendo poco más o menos lo siguiente:

Calders I Rossinyol, Pere (Barcelona, 1912). Narrador, periodista y dibujante. Se dio a conocer en *L'Esquella de la Torratxa* (1936), revista que dirigió juntamente con Artís Gener durante su última época. En 1936 publica su primer libro de cuentos **El primer arlequí** y la novela **La gloria del doctor Laren**. Después de la guerra civil se exilió a Francia y después a México, donde vivió hasta 1963. En 1954 gana el premio Víctor Catalá con su libro de cuentos **Croniques de la veritat oculta**, considerado como su obra más significativa y que, con sus otros libros de narraciones **El primer arlequí**, **Gent de l'alta vall** (1957), **Dema, a les tres de la matinada** (1959), **Aquí descansa Nevares** (1967) y



Contes diversos, formó el volumen completo **Tots els contes** (1968, reimpresión 1973). También ha publicado las novelas **L'ombra de L'atzavara** (1964) y **Ronda naval sota la bolra** (1966).

Fuera ya de la ficha enciclopédica, es preciso añadir que Calders ha ganado con toda justicia la indiscutida consideración de ser uno de los grandes maestros del cuento en la literatura catalana (y, ni que decir tiene, sus obras son capaces de hacer un excelente papel vertidas a cualquier idioma, como así ha ocurrido en repetidas ocasiones).

UNA NARRATIVA DE AUSTERA Y LIMPIDA CONCISION FANTASTICA

Los cuentos de Calders, fábulas prodigiosas de lo real en las que lo fantástico irrumpe como súbita inoculación catalizadora, encierran una variadísima y original gama de situaciones "imposibles". Veamos unos pocos, contadísimos, ejemplos elegidos casi al azar:

Un adulto que no pudo vivir plenamente sus años infantiles se ve conducido, a través de una sutil cadena de incitaciones, hasta un caserón en el que yace sin vida el niño que él había sido tiempo atrás (el cadáver de su infancia). (En el cuento "Pista fantasmal".)

Un árbol auténtico germina inesperadamente en las baldosas de un piso. La policía ordena al sorprendido inquilino que silencie el hecho y se resigne a soportar las molestias sufridamente. Si este fenómeno se da a conocer, vienen a decirle, podría ser utilizado como pretexto para colar por la rendija así abierta otros hechos extraordinarios que supondrían un grave peligro para la "normalidad nacional" (en el cuento "L'arbre domèstic").

Los humildes habitantes de las habitaciones de azotea de un edificio para inquilinos acomodados emprenden una revuelta defensiva contra los burgueses vecinos del inmueble logrando, casi aislarlos (en el cuento "La revolta del terrat").

Un ciudadano descubre, a través de una ventana del vecindario, unas manos solas, sin brazos ni prolongación corporal alguna, moviéndose sobre la plataforma de mármol negro en la que están colocadas. Al entrar en contacto con la demencial (?) persona que las custodia, averigua que habían pertenecido a un taumaturgo que con ellas podía contagiar la locura y la muerte y que, actualmente, el solo hecho de verlas moverse constituye un aviso fatal para el observador (en el cuento "Les mans del taumaturg").

Un Papá Noel cuyos "servicios no han sido requeridos" se presenta inesperadamente en

un hogar católico tradicionalista en plena Nochebuena, ante la contrariedad de los inquilinos, que temen ver puesta en entredicho su fidelidad a los Reyes Magos y su apego a los símbolos acostumbrados" (en el cuento "Quieta nit" y en una de las escenas de **Antaviana**).

Contrariamente a lo que podría pensarse ante algunas de estas sinopsis, en los cuentos de Calders la ironía contrapuntea constantemente las situaciones, está en la esencia misma de la narración, sin soslayar un sarcasmo muy incisivo que, sin embargo, no llega a caricaturizar a los personajes ni los convierte nunca en ocurrencias grotescas. En efecto, los elementos insólitos y fantásticos no diluyen el pulso de lo cotidiano y verosímil, que es siempre armazón sustentadora del cuento; antes al contrario, lo refuerzan, al permitir que el campo de la realidad objetiva tenga que vérselas con circunstancias que son fruto directo de una imaginación muy dotada del sentido catalizador de lo fantástico.

A este logrado clima de realismo invadido por lo insólito, prestan decisivo servicio los precisos diálogos que Calders pone en labios de sus personajes. Parecen realmente estar destinados a su pronunciación en escena, tal es la sabiduría y habilidad con que fueron creados.

El "lenguaje llano, instrumental, de intrínseca belleza", es el de Calders, en definición de Joan Triadó; por su parte, Albert Jané ha escrito: "La lengua de Pere Calders es, efectivamente, una lengua funcional, sin excesos retóricos ni virtuosismos externos, pero también sin aristas ni asperezas. Su belleza consiste en la demostración de su aptitud, de su eficacia como instrumento, afilado y afinado, ajustado y preciso, que puede prescindir de toda clase de efectismos—recursos fáciles que tan a menudo son tentación para el escritor—, tal como debe de ser posible en una lengua normalizada, vehículo de cultura y medio habitual de expresión de la gente al mismo tiempo".

LA SELECCION DE TEXTOS

La verdad es que no estoy muy seguro de que los cuentos seleccionados para crear el espectáculo sean ni los mejores de Calders (eso sería casi imposible), ni tampoco los mejores de entre los más representables, ni siquiera los más representables teatralmente hablando, es decir, los que traspuestos a la acción teatral podían originar un más rico y representativo juego escénico.

Sin embargo, **Dagoll Dagom** estudió el problema muchísimo más a fondo en su momento, y sus razones tendrá. Sin que con

ello quiera insinuar que la selección practicada me parezca decididamente pobre o errónea.

En cualquier caso, tómese la argumentación al revés: quien haya disfrutado viendo **Antaviana** no debe ignorar que existen muchísimos otros cuentos de Calders no dramatizados en el espectáculo, que merecen tanto o más su atención (de lector, en este caso). La recompensa es, creo, segura para el curioso. Una agradable sorpresa, una experiencia placentera e inteligente.

EL ESPECTACULO

Aunque parezca una perogrullada, creo que su mayor mérito (aparte del olfato demostrado al "descubrir" a Calders) estriba en la labor general de montaje. Sus ingredientes, considerados por un momento aisladamente, no son como para echar las campanas al vuelo: la interpretación es ajustada, pero tal vez demasiado discreta; la escenografía es bellísima, sí, pero roza la bombonería preciosista y resulta inadecuada en determinadas escenas (aunque en otras consiga estampas de matrícula de honor); la aportación musical de Sisa pasa demasiado desapercibida; las intervenciones coreográficas dejan ese regusto dulzón de la vistosidad perseguida como objetivo en sí misma...

Sí, pero viendo el resultado global unas cosas se compensan con otras hasta un punto en que consiguen crear la apariencia de producto redondo: las situaciones están tan bien engrasadas que hacen que la interpretación parezca más que suficiente; el clima amable e imaginativo del espectáculo acoge las cuñas coreográficas sin resentirse; la ambientación plástica conquista legítimamente al público desde el primer instante, su posible carácter empalagoso queda diluido después por la funcionalidad irónica que despliega, etcétera, etcétera.

Por encima de toda posible reticencia, **Antaviana** ha sabido alcanzar este estado de gracia para el que no existen fórmulas: acertar, en un momento de desconcierto en el que la primera duda que se plantea es la de qué clase de montajes pueden interesar, en dar un montaje con ingredientes sobrados para interesar, divertir e incluso entusiasmar hasta a los más inhabituales espectadores de teatro. Es un espectáculo recomendable para toda clase de públicos, que constituye por sí mismo un acto de promoción del teatro cada vez que se representa.

Después de **No hablaré en clase, Dagoll Dagom** lo tenía difícil. Pero supieron hacerlo. Con **Antaviana** tienen cuerda para rato. Creo que, después de todo, hay que agradecerse. ■